



COMENTARIOS

EL AÑO CRÍTICO

D. C. tomo X

Los pueblos, como los hombres, deben continuamente hacer memoria; esto es, hacer historia. Hacer memoria es hacer conciencia, y hacer historia, en el sentido de contarla, registrarla, recordarla, es hacer vida pública civil.

Era el año crítico el año de 1898—hace ya veintiseis; ¡qué lento se nos va el tiempo a los españoles dedicados a hacerlo para matarlo!—, el año del principio del último desastre, de la última disolución nacional. Era el año de 1898, el de lo de Santiago de Cuba. ¡Y qué nombre fatídico este de Santiago, que por todas partes se nos viene encima!

Los que van a formar la generación que ha de gobernar o desgobernar a España cuando nosotros, los que han dado en llamar la generación del 98, nos arrojamos en el último sueño, el de tierra, apenas si conocen lo que fué aquello de Santiago de Cuba, el triste sacrificio de aquellos mártires, entre ellos Villaamil, el marino... ¡Mártires, es decir, testigos de qué? ¡Qué atestiguaron? ¡A qué causa, a qué prestigio se les sacrificó? Y téngase en cuenta que el sentido primitivo de prestigio, el que tiene en latín «praestigium», es el de engaño. ¡A qué engaño se les sacrificó!

Lo dijo virilmente D. Nicolás Salmerón, el republicano, en el Congreso. Levó en él un telegrama de un jefe norteamericano, en que se decía que estaba acordada la rendición de Santiago de Cuba después de aquel simulacro de resistencia, de aquella loca salida de la escuadra para ser deshecha. Había que salvar no sabemos qué honor, o mejor, no sabemos qué prestigio, qué engaño.

Cuando se habla de cosas de honor, un hombre sencillamente honrado tiene que echarse a temblar. Cuando se quiere aplicar a conflictos políticos entre pueblos y naciones esa especialísima y muy específica—en más de un sentido—«dementalidad» de los lances de honor, hay que temblar por la justicia.

Si estaba acordado que Santiago de Cuba se rindiese a los americanos, ¿para qué aquel sacrificio? ¿Para que se supiera que los marinos españoles saben morir? Pero suicidarse no es saber morir. Y aquello fué un suicidio. ¿Para salvar qué prestigio, qué engaño?

¡Honor! ¡Heroísmo! Hay que temblar. A la entrada de la ciudad de León—la «Legionem» de los romanos—hay una moderna y abominable, como obra de arte, estatua de aquel Guzmán a quien la le-

yenda ha llamado el Bueno. Se le representa en el acto legendario de arrojar desde lo alto de las murallas de la ciudad cercada la daga con que habían de matar a su hijo. ¿Y eso qué fué? ¿Qué prestigio, qué engaño tenía que salvar Guzmán con ese acto de mera teatralidad? ¿Por qué tenían que matar al pobre mocito con la daga de su padre? ¿Había en ello alguna semejanza con lo del sacrificio de Isaac? ¿Qué divinidad terrible exigía semejante prueba?

No; el acto de Guzmán es un acto de demencia. Y si no, algo peor. No ya el deber de padre, sino algo más alto estaba por encima del pundonor de aquel caudillo teatral. No se podía tratar de que él quedase bien o mal.

¿Quedar bien? ¿Qué es eso de quedar bien? Lo que hay que hacer es dejar bien las cosas a los demás. Los desdichados suicidas de Santiago de Cuba dejaron muy mal a España. Y dejaron peor aquello que trataban de salvar, y que desde entonces viene hundiéndose.

Muchos de esos prestigios, muchos de esos engaños, no son más que mera teatralidad. Pero en el teatro verdadero, en el teatro que no quiere ser más que teatro, en el del arte dramático, que es el serio, ni se mata ni se muere sino teatralmente. El actor muerto, apenas el telón baja resucita y se dispone a morir al día siguiente.

Recordemos el año crítico y fatídico, el año central de la Regencia, el de 1898, el de la guzmanada, el del terrible telegrama que leyó Salmerón en el Congreso.

¿Y los políticos entonces? Los políticos entonces acudieron a salvar el prestigio en peligro, acudieron a rendir culto a la «dementalidad» de los lances de honor. Los políticos entonces aceptaron la bárbara política, la política incivil, que trata de dirimir los conflictos entre dos naciones o entre dos pueblos por eso que llaman el código del honor entre caballeros, el código del honor de lance, y que es, convertido en política, nada más que pura barbarie, y lo que es peor, pura teatralidad fuera del teatro.

Me parece estar viendo la abominable estatua de Guzmán el Bueno a la entrada de la ciudad de León—la «Legionem» de los romanos—, de la cual dicen los humoristas leoneses que parece estar diciendo: «¡No entréis!»

«Lasciate ogni speranza voi di entrate.»

MIGUEL DE UNAMUNO

París 22-9-924.

EL
L
mar
«
algi
lida
de
rior
jor
los
ase
Jun
ven
vin
cor
do,
mal
tas
de
dos
rior
L
ben
los
per
der
dad
ridi
da
mo
y e
M
SE
B
desa
blev
E
ayer
de P
S
por
A
rumo

